

PROSAS DE INFANCIA *

Presiento una inminencia dichosa. ¿En qué? En nada todavía, pero está. ¿En qué? La persigo. De pronto se ha animado este retrato de luz y color. ¡Aquí está! No, no. Se ha ido. No había nadie. Mido toda la casa con mis pasos. El gabinete, la sala, el oratorio, los corredores, la sala del jardín, el jardín, y nada aparece. Sin embargo, sé que me aguarda. Astuto, me hago el dormido o el ausente. Cierro los ojos o los clavo en cualquier lejanía. A ver si engreída aparece y me despierta. Tampoco.

En la mesa hay un libro cualquiera. Otra vez súbitamente ha saltado de la línea anónima el alma de la casa. Tampoco la aprisiono. Ni en este otro salto de olor del cajón de la cómoda abierto. Ni en el temblar de los cipreses. Ni en el sueño por la noche de las columnas cansadas. Está en el momento. Y yo me he urdido una belleza de momentos sin que deje de existir en un momento. Y para otro momento: mi alma.

*

Hoy, como es domingo, se abre la sala. El mismo brillo en los muebles de caoba, en los damascos rozados. Los niños vestidos de fiesta. Es un domingo cualquiera de 1917. En la mesa está el correo y los periódicos: *El Siglo Futuro*. *La Ga-*

* En el número 75 de VERBUM dióse una muestra poemática de José A. Muñoz Rojas, uno de los más jóvenes y finos cultores de la joven y fina poesía española del momento. Con no menos complacencia insertamos ahora estas prosas del mismo autor, entresacadas de apretados cuadernillos inéditos. Son evocaciones de su casa solariega, perfiles de su sosegado rincón malagueño: páginas realizadas apaciblemente, como aquellos poemas, más por abundancia cordial que por afán de publicidad. "Me preocupan poco los alrededores de la poesía y mucho la poesía misma." Esta frase de Muñoz Rojas lo define intensamente.

ceta del Sur. Los niños entran en la sala, temerosamente, como si temieran despertar a alguien. Sin embargo, en la sala sólo duermen los siglos. Ya están despiertos y prestos a la llamada del ojo o la garganta. Los niños se asustan de la cara lívida del Señor muerto, del azul cavernoso del manto de la Virgen. No se atreven a mirar el pecho libre de la Virgen de la Leche. Con las manos atrás los niños se paran ante unos frailes que devoran glotonamente en la bodega del convento. Esto sí está bien. Y estos alemanes de la taberna también. ¿Para qué las livideces del Señor y el manto de la Virgen?

Con las manos atrás los niños se paran ante unos mosaicos sevillanos de colorines rabiosos. Una boda y un bautizo. Se extasían. Encima las cornucopias los compadecen. Los niños no miran las cornucopias. ¿Para qué la complicación de este dorado? ¿Este espejo que, de amarillo, no retrata?

La campanilla suena. ¿Será visita? Sí, sí visita.

Fuga leve apagada por la alfombra. Los niños escuchan tras la puerta. Rumor de besos, de conversaciones discretas.

La criada: — La señora, que entren ustedes en la visita.

Los niños colorados se componen, casi avergonzados. Besos.

¡Qué altos, qué guapos! — la voz joven. (El pensamiento de los niños: A los diez ya no se es guapo).

—¿Tú cómo te llamas?

— . . . para servir a Dios y a usted — se oye al niño.

Se acabaron los frailes orondos, los alemanes glotonos, la boda de mosaico. Tampoco dicen nada la lividez del Señor, el barroco dorado de las cornucopias. Sólo el encanto sutil de la mantilla y la peña en la cabeza de la señora. La sutilidad del perfume adentrándose. El presentimiento penoso de la despedida. — ¿Por qué no se quedará siempre esta señora?

La despedida se eterniza. Y la sala se va oscureciendo. — Todavía el sol en las vidrieras.

Los niños tendrán una noche de anunciaciones y a la mañana siguiente sabrán mejor la lividez del Señor, el barroco de las cornucopias.

Aquello y tío Manuel.

Por la calle ahora — son las 9 — no pasa nadie. Ya los ruidos se recogen y sólo están despiertos y vigilantes los re-

lojes y el sereno. Está la paz sobre mis libros y mis letras. Por los corredores desfila la sombra de los cuadros. En la sala hay un rejuvenecimiento de los damascos rojos, de la juventud antigua de las cornucopias. Abajo las columnas descansan. En el rincón el escritorio tiene la luz encendida. Florecen las sombras de los floreros. Unas hojas de yerbaluisa, esta fina flor de la nieve. Puede estar abierto uno de estos libros apergaminados o de estos otros de pasta roja o azul. *El Gobernado Cristiano*, *Le Rhin*. Y debajo: "Convento de los carmelitas de Antequera", uno. Y el otro unas armas pomposas y "Mnl. Barnuevo". En el álbum mejor está "Mnl. Barnuevo". Y en toda la casa. Mi carpeta, sobre la seda roja, tiene escrito: "Recuerdo de cariñosa amistad a Ramiro de la parte de su hermano Mnl. Y. de B. — Y. de Barnuevo — Madrid, 9 de noviembre de 1872".

Está algo rozada, pero todavía tiene los papeles mismos: unas hojas de información nobiliaria, la reproducción de la portada de un poema, dos brillantes escudos y unas notas para un viaje a Flandes. Dice: "Itinerario que debe seguir desde Bruselas. Viaje de Holanda. De Bruselas a Amberes, camino de hierro. De Amberes a Rotterdam por las aguas interiores: vapor. Ver el Puerto, los Malecones, la Bolsa, el Almirantazgo y demás . . . De Utrech a Arnhem y tomar el Rhin hasta Colonia".

En los baúles andan sus chalecos. (Unos pomposos chalecos rameados). Y luego estos libros: *Histoire de l'Armée*, *Histoire de Louis Philippe*, *Les Maîtresses de Louis XV*, etc., con pastas azules, marrón y rojas. Y en todas partes el escudo pomposo. Y "Mnl. Barnuevo".

Barnuevo legítimo que nunca tuvo nada que envidiar a ningún Rojas, según tu letra primorosa escribió en una carta a mi bisabuelo. Con tu disfraz Felipe II en el baile de Fernán-Núñez, con tu disfraz Sancho Panza en el de Medinaceli. Con tus pantalones anchos, a cuadros siempre, con tu levita tan impecable como tu bigote. Amigo de aquella hermosa condesa de Suzenet, Beatriz de Vibraye, la que pintó el álbum antiguo. Está en la última página autorretratada, con gran escote hasta el hombro, con el pelo tirante partido por una raya en medio. Como está en esta fotografía primitiva de mi mesa, acompañada de su marido — un francés con barbas — y su hija

Margueritte. Beatriz de Vibraye, desconocida ilustradora de los muros de mi casa. Cuadros pequeños con marco dorado. Detrás: "Château de Reims. Dibujado por la Cmtss. de Suzenet". Aclaradora de estas fotografías de innumerables señores vestidos de blanco, de señoras con grandes sombreros. Interrogación de mis horas de niño. Sólo cuando estábamos malos podíamos ver el álbum antiguo. E iban nuestros pensamientos, encantados por los primores de tu letra, por tus dorados, rojos y azules, libres de calentura detrás de D. Luis "Ponce de León llamado", herido "al pie de un monte en peñas armado". Y al fin tu retrato en tonos verdes, con los ojos verdes, con el vestido blanco.

Ahora el famoso campanario de Dijon, que tan bien sonaba en tus oídos, deja en los míos unas 9 deshechas. Aquí siento en la calle bocinas de autos y campanillas de tranvías. Pero mi vieja cartera me salva y me lleva a ti por la virtud de su cuero enverdecido, de sus molduras doradas, de esta corona condal y de estas dos letras: M. B. Es de tío Manuel, tu amigo. "¿Campana de Francia, lloras?"

Joseillo a enterrarse.

Viene el coche de los muertos, vacío después de llenar una fosa. El cochero viene cantando prendido del encanto de la tarde. Y son, aunque negros, blancos pendones y caballos. Como si en lugar de venir vacío trajera a la tierra una niña.

Joseillo está a la puerta cantando el *Sanctus* que aprendió en la función de ayer. Ve el coche vacío y le dice al cochero:

—¿Me subo?

—Súbete.

Y allá va calle arriba entre sus cantos. Vas a enterrar la poca alma que te queda, no a un cementerio de tumbas, sino a uno de órganos y pianos, ángeles cantores y serafines músicos. Le das recuerdos a las campanas y a Santa Cecilia. Aquí en la tierra apenas oímos más que al chantre, a ti y algún disco de gramófono.

Los niños que no saben de estos enterramientos y sólo de tumbas con huesos te preguntan:

—¿Adónde vas, Joseillo?

—A enterrarme.

Entonces te acuerdas del *Gori, gori*, y a coro de todos por la calle pina, bajo el sol último que también va a enterrarse, cantas alegremente:

—Gori, gori, a enterrame voy.

Joseillo cantor.

A Joseillo el tonto, mi amigo de las lata-campanas, le han descubierto una nueva habilidad. Va por las calles seguido de los niños cantando el *Tantum ergo*, el *Pange lingua*. Entre verso y verso contorsiones penosas que le obligan a doblarse sobre sí, a esfuerzos inverosímiles, posturas absurdas, gestos atormentados. Le dicen:

—¡Qué bien lo haces, Joseillo!

Joseillo se siente orgulloso y va llenando la calle de su voz misera. Se imagina en la Iglesia mayor y redobla sus gorgoritos.

—¡Vaya si lo haces bien! ¡Debias estar en la Iglesia mayor!

En la Iglesia mayor está el chantre, hombre que tiene el cuerpo como la voz y como el cuello: recia y dura que empalidece los más altos sonidos del órgano gastado y jadeante.

Joseillo, tú, así, vestido de negro, con sobrepelliz en los entierros, con tu corbata de lazo y tu cuello duro.

Yo te oigo y tú te enorgulleces con tu canasto para el carbón en una mano, con tu botella para el aceite en la otra.

—¡Joseillo, qué bien lo haces!

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS.

Antequera (Málaga).